

Joyce y Beckett en la Isla de los Cisnes

Joyce y Beckett en la Isla de los Cisnes/ Mariano Dupont
–1ª ed. Buenos Aires, 2020–

ISBN

© Mariano Dupont
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

huesosdejibia.com
facebook.com/editorial.hdj
instagram.com/huesosdejibia
huesosdejibia@gmail.com

Edición: Walter Cassara
Diseño: Fedra Giraldo
Fotografía de portada: © Graciela Prieto

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

MARIANO DUPONT
Joyce y Beckett en la Isla de los Cisnes

Ahí, allá, entonces, una primera escena:
domingo de mañana, media mañana,
Joyce y Beckett, flacos, altos, las cabezas gachas
(uno, al final de sus cuarenta; el otro, muy joven),
caminando a la par por la Isla de los Cisnes.
Al llegar al final de la alameda, a la Estatua,
a la copia, mejor dicho, de la Estatua, que,
desde lo alto del pedestal, les da la espalda,
se entretienen, apoyados en el antepecho de hierro,
uno o dos minutos, con el fluir de la corriente,
con los remolinos y el impacto de las olas
en las viejas piedras enmohecidas. Dan la vuelta,
luego, y retoman el paseo, en dirección contraria.
Domingo, mañana, París, Joyce y Beckett.
¿Año? 1929, 1930, no más allá de 1930.
Ahí van, entonces, Joyce y Beckett,
por la alameda de los Cisnes,
ida y vuelta, ida y vuelta,
del Pont de Bir-Hakeim al Pont de Grenelle,
y del Pont de Grenelle al Pont de Bir-Hakeim.
Desde la única ventana de la habitación,
puede verse el extremo, río abajo, de la Isla.
Hay palabras, sí, pero palabras no escuchadas.
Palabras que dicen, sin embargo, imaginemos,

hay que imaginar, palabras que dicen:
“Va a escribir algo, Beckett, sobre mi libro?
Jolas, McAlmon, y quizás el doctor Williams
podrían sumar sus plumas, ¿qué le parece?”
Seguramente, Beckett, el joven Beckett,
según lo concertado uno, o dos, o tal vez tres,
días antes, lo ha pasado a buscar,
a Joyce, esa mañana, por el número 2
del Square de Robiac. Y, de ahí, imaginemos,
han bajado, por la rue de Grenelles,
hasta la bella Avenue de la Bourdonnais,
y luego, al mismo ritmo, o tal vez
a mayor, o menor, velocidad, cómo saberlo,
hasta el Quai de Branly, pegado al Sena.
Han tenido, a la izquierda, enseguida,
la inmensa, imponente, Tour Eiffel,
y han pasado, como tantas otras veces,
frente a ella, indiferentes, las miradas al piso.
¿Hay sol? Hay sol. Podría no haber, pero hay.
Es una mañana de verano, o primavera,
imaginemos, hay que imaginar, o una mañana
de otoño, o de invierno, ¿por qué no?
¿Hace frío, entonces? Un poco, sí, un poco
de frío, está fresco, aunque no mucho:

13, 14, 15 grados Celsius.

Los vemos, entonces, ahora, al llegar al extremo,
río abajo, de la Isla, desde la única ventana
de la habitación: altos, flacos, inclinados,
ligeramente, hacia delante, las manos en la espalda.

“Entonces, ¿va a escribir o no va a escribir?”,

insiste Joyce. O si no, levantando el bastón:

“¡Mire esos pájaros, Beckett! ¡Mire qué bonitos!”.

También podría preguntarle, a bocajarro:

“¿Qué intenciones tiene, usted, *giovannotto*,
con mi hija Lucia?”. Pregunta que Beckett, tímido
e irresuelto como la mayoría de los jóvenes,
no sabría cómo empezar a responder.

Cómo saberlo, pues, sí, cómo saberlo. ¿Cómo?

Porque son palabras no dichas,

y sobre todo no escuchadas,

desde la única ventana de la habitación.

Imaginemos.

Imaginan, ellos, también, un poema que imagina
su paseo, las palabras no dichas, no escuchadas,
los silencios que van de un pecho a otro
y hacia el éter insensible.

“Yo era muy joven, lo admiraba, y él me quería”,

va a decir Beckett, muchos años más tarde.

¿Hay sol? Sí, se ha dicho, hay sol. Pero también
no hay sol. Hay días en que hay sol
y días en que no. Depende. Veamos, escuchemos.

¿Entonces?

Un poema.

O unas frases, apenas unas frases, hilachas
que dibujan, con torpeza, el mítico paseo.
Joyce y Beckett, altos, flacos, las cabezas gachas
(uno, al final de sus cuarenta; el otro, muy joven),
por la Isla de los Cisnes.

De un lado, el Sena; del otro, el Sena.

París, *15^e arrondissement*.

El sendero embaldosado, a la sombra:
van por ahí, protegidos por la bóveda verde
que componen, en lo alto,
las copas tupidas de los árboles
(álamos, plátanos, robles, fresnos y tilos),
recibiendo en sus rostros la brisa del río.

¿Hora? ¿9? ¿9:30? ¿10? ¿10:30? ¿11? ¿11:30?

Cómo saberlo.

Imaginemos.

Ellos también imaginan un poema que imagina,
que escribe su paseo. O *los* paseos, mejor.

Porque seguramente han sido muchos, muchos,

los paseos. ¿Cuántos? Cómo saberlo.

Imaginemos.

Desde acá, desde arriba, los vemos, escuchamos las palabras no dichas, los silencios que van, como ofrendas, de un pecho a otro. Nada, o poco que contar. Pero hay que hacerlo.

Imaginemos.

Un domingo de esos ha llovido. En realidad: más de una vez, más de un domingo, al llegar a Bir-Hakeim, o tal vez antes, no bien llegar al Sena, al Quai de Branly, se ha largado la tormenta, el aguacero. Y se han mojado. No, no se han mojado. O tal vez sí. Cómo saberlo.

Es fácil, harto fácil, imaginarlos corriendo, algo ridículos, desgarbados, yendo a refugiarse bajo la copa tupida de uno de los árboles.

Y luego de espaldas, pegados a un tronco. Podrían, también, si no, correr de un lado a otro, separados, en un sálvese quien pueda, de aquí para allá, en distintas direcciones, en zigzag (o no), en busca de un reparo. Y podría ser, también, no es imposible, que,

en todos los domingos en que hicieron
el paseo por la Isla de los Cisnes,
no haya caído, nunca, desde el cielo
(de dónde, si no), ni una gota.
Entonces: hay sol (o no), llueve (o no).
Todo puede ser, así, en el paseo
que el poema imagina. Veamos, escuchemos.
Caminan, así, Joyce y Beckett, altos, flacos,
inclinados, ligeramente, hacia delante,
las manos cruzadas en la espalda,
por un mundo de infinitos, de formas posibles.
“Yo era muy joven, lo admiraba, y él me quería”,
va a decir Beckett muchos años más tarde.
¿Entonces?
Unas frases que inventen el paseo: hilachas.
¿Un poema? A veces hay poema, a veces no.
Frasas, sí, siempre hay frases. Frases
que imaginan. Palabras no dichas, no escuchadas
desde la única ventana de la habitación:
“Jolas, McAlmon, e incluso el doctor Williams,
¿no podrían también sumar sus plumas a la suya,
Beckett? ¿Eh, Beckett? ¿Y? ¿Qué opina?”.
Silencio. Beckett asiente. O no asiente.
Cómo saberlo.

Imaginemos, hay que imaginar.
Llegan, otra vez, sí, en este instante,
al extremo, río abajo, de la Isla de los Cisnes,
allí donde se emplaza, soberbia, desafiante,
la Estatua, la copia de la Estatua.
Dan la vuelta y el paseo recomienza.
París. ¿París? Sí, París, estamos en París.
1929. O 1930, no más allá de 1930.
Así que ida y vuelta, ida y vuelta.
¿Cuántas veces? La duración del paseo,
o mejor, las duraciones, porque seguramente
hay sido muchos, tal vez muchísimos,
los paseos, y por tanto es imposible
que esas duraciones hayan sido idénticas,
incluso semejantes.
¿Y?
Las duraciones, sí: busquemos un promedio:
una hora, una hora y diez, una hora y cuarto.
O tal vez más. O menos. Cómo saberlo.
Imaginemos.
La materia indócil del poema se escurre, pues,
como un barro chirle, gelatinoso,
por los dedos de las manos:
un mundo de infinitos, de formas posibles,

que están y no están: así las cosas.
Desde la única ventana de la habitación,
los vemos, entonces, sí, los vemos,
no olvidar que los vemos, cuando llegan al extremo,
río abajo, de la Isla de los Cisnes: ahí van.
Veinticinco años los separan.
Joyce en traje claro, u oscuro, marrón caca,
sombbrero de ala ancha, zapatos de charol.
Condimenta sus pasos con los movimientos
de un bastón: una esgrima desafiante,
enérgica, intempestiva, que parece interpelar,
por momentos, al aire, al río, a las cosas.
Beckett, ligero, en *sportif*, pantalón de golf,
de lino beige, chomba azul.
Endomingados, entonces, Joyce y Beckett
(uno, al final de sus cuarenta; el otro, muy joven),
los dos más grandes escritores del siglo.
Palabras no dichas, balbuceos, la voz baja,
apenas un poema, unas frases que imaginan
el mítico paseo, los silencios que van,
de un pecho a otro y hacia el éter insensible.
O sea: hablar de lo que no se puede hablar,
precisamente de eso hay que hablar, dirá Beckett,
años más tarde, no ahora. Ahora, nada, nada,
nada de eso. No ha llegado, aún, Beckett,

a esas conclusiones casi místicas, o que van,
mejor dicho, a contrapelo de todo misticismo.
Todo lo que ha escrito hasta ahora es vil
imitación, dirá más tarde, de su maestro,
su admirado compatriota: James Joyce.
Maestro y discípulo, discípulo y maestro,
caminan, entonces, altos, flacos, las cabezas gachas
(uno, al final de sus cuarenta; el otro, muy joven).
¿Ritmo? No hay, no, no hay ritmo,
todavía no ha nacido. O el ritmo es más o menos,
digamos: ripioso, inestable, descuidado.
Atención ahí, se dicen, atención ahí,
¡atención al ritmo!, ¡atención!,
se dicen, o parece que se dicen,
en los silencios que van, como ofrendas,
de un pecho a otro y hacia el éter insensible.
Desde la única ventana de la habitación,
puede vérselos cuando llegan al extremo,
río abajo, de la Isla de los Cisnes: allá van.
Apoyamos el oído, la oreja, en el frío
del cristal. Pero nada se escucha.
Hablan, sí, claro que hablan, imaginemos
que hablan, ahora, hablan e imaginan,
imaginemos, ambos, o uno solo de los dos,
Joyce, o Beckett: uno solo imagina.

“Yo lo admiraba, él me quería”, dirá Beckett,
muchos, muchísimos años más tarde,
no ahora, no, ahora va sobre todo en silencio,
replegado, casi mudo. El que hace el gasto
de la charla, como es lógico, es Joyce,
obsesionado, como está, con la escritura
del “chop-suey”: su *Work in Progress*.
Beckett farfulla, muy cada tanto,
un *yes*, un *sure*, un *of course*,
asiente, acompaña, sobre todo acompaña.
Entonces: 9 o 9:30 o 10 de la mañana.
Domingo, sí, no hay cambios, no, no es otro
el día. Domingo, París, porque es París,
domingo a la mañana en la Isla de los Cisnes.
París, *15^e arrondissement*.
Ahí van, el católico Joyce, el protestante Beckett,
como sabe todo el mundo: ambos de Irlanda.
¡Ah, Irlanda! Irlanda, isla de santos y de sabios,
la *Isola Sacra*, “esa tierra destinada por Dios
a ser la eterna caricatura del mundo serio”.
¿Hablan de Irlanda?
Tal vez sí, tal vez no. Cómo saberlo.
Imaginemos, hay que imaginar.
“¿Podemos contar con Jolas, con McAlmon,

con el doctor Williams? ¿Sumarán sus plumas?
¿Usted qué opina, Beckett? ¿Qué piensa?”
Beckett dice “*yes, yes*” y piensa, acto seguido,
en sus palabras, en lo que ya ha borroneado
en un cuaderno: “aquí la forma *es* el contenido,
el contenido *es* la forma”. Y también en esto,
que le ha gustado: “El lenguaje está ebrio”.
Imaginemos. Un embrollo, un nudo.
Es que hay miles, insisto, son miles los mundos,
las formas posibles. El ojo y el oído detrás
de la única ventana de la habitación:
Joyce y Beckett, imaginemos, imaginan, a su vez,
ahora, el llegar al extremo, río abajo, de la Isla,
ambos, *simultáneamente*, ¿por qué no?,
a la persona poseedora de ese ojo, de ese oído.
La ven, incluso, escribir, garabatear estas hilachas
que dibujan, o intentan dibujar, no sin torpeza,
el mítico paseo en el que Joyce y Beckett, etcétera.
Y, una vez más, así, hasta que surja algo mejor,
hasta que algo, al fin, suceda, las variaciones:
“¿Qué intenciones tiene usted, *giovannotto*,
con mi hija Lucia?” O: “¿Jonas, McAlmon,
incluso el doctor Williams, etcétera?”.
Llegan, ahora, nuevamente, a la Estatua.

Se entretienen un momento, uno o dos minutos,
apoyados en el antepecho de hierro,
con el fluir de la corriente,
con los remolinos y el impacto de las olas
en las viejas piedras enmohecidas.
Y dan la vuelta. ¿Cuántas veces?
Cinco, seis, siete, ocho, qué sé yo.
¿París? Sí, París, basta, eso está claro.
París, 15^e arrondissement.
¿1929?, ¿1930?
A veces es un año, a veces otro. Todo pasa,
en el poema, pareciera, en un presente eterno,
en un mundo de infinitos, de formas posibles.
Hay días en que llueve y días en que no.
Hay días en que es 1929; otros, 1930. Y así.
Y hay días, incluso, en que Joyce y Beckett
ni siquiera salen de sus casas,
en que Beckett no toca el timbre
del número 2 del Square de Robiac.
Días, digamos, en que no pasean,
en que no salen a pasear
por la alameda de los Cisnes.
Días en que no es, siquiera, 1929 o 1930.
Días, incluso, en que no hay nada,

en que no hay Joyce, en que no hay Beckett,
y tampoco, claro, Isla de los Cisnes.
Días sin ventana, sin habitación, sin poema.
Días sin ojo, sin oído.
Pero ¡basta de sofisterías!
Veinticinco años los separan.
Joyce en traje claro, u oscuro, marrón caca,
sombbrero de ala ancha, zapatos de charol.
Beckett, ligero, en *sportif*, pantalón de golf,
de lino beige, chomba azul.
Endomingados, entonces, Joyce y Beckett
(uno, al final de sus cuarenta; el otro, muy joven),
los dos más grandes escritores del siglo.
Imaginemos, imaginemos, hay que imaginar.
Imaginemos que imaginan unas frases
que dibujan los pormenores del paseo
en el que ellos, Joyce y Beckett,
imaginan, precisamente, unas frases, etcétera.
Mientras caminan, entonces,
de una punta a la otra de la Isla de los Cisnes,
imaginan. Una habitación, una ventana,
un ojo, un oído, una mañana de domingo,
dos hombres (flacos, altos) que caminan,
Joyce y Beckett, a la par, o casi a la par,

las cabezas gachas, llegando a ser,
por momentos, en los silencios prolongados
que van, como ofrendas, de un pecho a otro,
una única persona: Joyce-Beckett
(o Beckett-Joyce)
caminando solo por la Isla de los Cisnes.
Pero volvamos.
¿La poesía? ¿El poema?
“¿Va a escribir, Beckett, algo sobre mí,
sobre mi *Work in Progress*?”
Por esos días, ¿1929, 1930?, Joyce escribe,
como ha dicho Nora, su “chop-suey”,
lo que él ha llamado, en cambio, presuntuosamente,
“el libro loco de la noche de los tiempos”.
Y “escribe”, ahora, también, imaginemos
que “escribe”, con Beckett, *simultáneamente*,
¿por qué no?, en el aire fresco de la mañana,
unas frases que comenten el paseo: hilachas,
el ir y venir a lo largo
de los 890 metros que separan
una punta de la otra de la Isla de los Cisnes.
Pero vuelve, siempre vuelve: “¿Eh?, ¿qué piensa?”.
Beckett no responde, o masculla, en voz baja,
bajísima, escamoteándose, un *yes, yes*

que busca, parece, no comprometerlo demasiado,
aunque sí, ya lo ha decidido, escribirá algo,
tal vez un ensayo, o un panfleto, unas páginas
que salgan al cruce de los ataques filisteos
que ha recibido su maestro,
su admirado compatriota.

Hasta Pound, sí, Pound,
el bueno de Ezra, el generoso Ezra,
se ha mostrado refractario, incluso hostil,
le ha dicho Joyce hace unos días,
o le dice, mejor, ahora, mientras caminan,
del Pont de Grenelle al Pont de Bir-Hakeim,
flacos, altos, las cabezas gachas,
con respecto a su nuevo experimento,
el babélico, imposible *Work in Progress*.

Silencio.

¿Y Lucia?

La bella, aunque ligeramente estrábica
(y loca, sobre todo, loca),

Lucia.

“¿Qué intenciones tiene usted, *giovannotto*,
con mi hija Lucia? ¿Eh?” Podría hacerle
esa pregunta. Aunque no, mejor no, imaginemos,
en ese momento no, no, esa pregunta no.

Mejor:

“Jolas, McAlmon, el doctor Williams,
ellos podrían también sumar sus plumas.

¿Qué piensa al respecto, Beckett? ¿Eh?”

Silencio.

Beckett piensa, sí, pero no en el *Work in Progress*,
tampoco en las plumas de Jolas, de McAlmon,

de William Carlos Williams. Piensa,

en cambio, sí, en Lucia, en la bella,

aunque ligeramente estrábica

(y loca, sobre todo, loca),

Lucia;

piensa en que las cosas, en los últimos tiempos,

han ido muy rápido, demasiado rápido,

y quizás un poco, sí, también,

un poco demasiado lejos.

Allá se ven, ahí van: altos, flacos,

inclinados, ligeramente, hacia delante,

las manos en la espalda. Trescientos,

trescientos cincuenta metros,

nos separan, no mucho más.

Apoyamos la oreja, el oído,

en el frío del cristal: nada. Salvo el murmullo

debilísimo de la calle, de esa mañana de domingo,

nada, nada se escucha. Hablan, sí,
claro que hablan, poco, pero hablan,
imaginemos que hablan, ahora,
hablan e imaginan, imaginamos
que imaginan, ambos, o uno de los dos,
Joyce, o Beckett, el joven Beckett,
que dirá, muchos años más tarde, evocando
esos días que siguieron a su desembarco en París:
“Yo era muy joven, lo admirada. Y él me quería”.
A la sombra, por el sendero embaldosado:
van por ahí, protegidos por la bóveda verde
que componen, en lo alto, los árboles
(álamos, plátanos, robles, fresnos y tilos),
acunados, Joyce y Beckett, por la brisa del río.
“¡Mire esos pájaros, Beckett! ¡Mire! ¡Mire!
¡Mire qué bonitos! ¡Mire!”, podría decir Joyce,
apuntando con el bastón hacia una rama.
O, más probable, dados sus problemas de vista
y su afición al canto: “¡Escuche, Beckett, escuche!
¡Escuche a ese pájaro! Qué gorjeo más gracioso,
¡más atrevido! ¡Escuche esa risa, Beckett!
Escuche y aprenda, escúchelo. Qué maravilla”.
Pasa, ahora, por el medio del río,
hacia el Pont de Grenelle,
un *bateau mouche* repleto

de señoras elegantes,
mujeres con capelinas, quitasoles, abanicos,
y caballeros de traje y canotier,
bastón y prismáticos.
“¡Allá, allá!”, gritan, señalando con el brazo
estirado, a Joyce y Beckett, como si supieran
que los que van ahí,
flacos, encorvados, las cabezas gachas
(uno al final de sus cuarenta; el otro, muy joven),
por la alameda de los Cisnes,
son, precisamente, Joyce y Beckett,
los dos más grandes escritores del siglo.
Ellos, Joyce y Beckett, no escuchan.
Y sobre todo no ven, no ven nada.
Es más: abstraídos como están,
apenas dirigen, cada tanto, como un reflejo,
hacia el río, sus miopías.
Veinticinco años los separan.
Llueve, ese domingo, u otro domingo,
imaginemos que llueve, que llueve
y que no llueve: por momentos, sí, llueve;
por momentos, no, no llueve.
Un chaparrón y para,
un chaparrón y para. Y así.

Beckett, que está, ahora, en su pequeña
habitación de la rue d'Ulm
(todavía no ha salido),
duda, está indeciso: ¿salgo?, ¿no salgo?,
no sabe qué hacer:
si ir o no,
si ir o quedarse,
si ir o seguir durmiendo. Su miedo, sí,
su miedo es que Joyce, James Joyce,
su maestro, su admirado compatriota,
lo esté esperando. Aunque podría ser, también,
piensa Beckett,
que, al ver el tiempo lluvioso, haya decidido,
Joyce, perezoso como es, no salir de la cama.
Es muy posible.
¿Qué hacer?
Pasa un minuto, dos, tres, cuatro, cinco:
se decide. Y va, se viste rápido y va.
En el camino, así, de la nada, otro chaparrón.
“*Merde!*”, masculla Beckett. Y acomete.
Ahí va, entonces, como un bólido
errático, inestable,
cubriéndose la cabeza
con el saco o el perramus,

saltando, ágil, atlético, esquivando charcos,
viendo poco, casi nada, sí,
debido a que el cristal de sus anteojos
se ha mojado con las gotas que,
desde el cielo (de dónde, si no), han caído.
Pero ahí va, igual, sin ver (es joven),
corriendo, saltando, esquivando charcos.
Y llega, finalmente llega. Empapado pero llega.
Y toca el timbre. Y espera. Un minuto, dos,
tres, cuatro, cinco, seis...
¡Y la puerta se abre!
¿Joyce? ¡Sí, Joyce!
James Joyce, James Joyce,
alto, flaco,
con su sombrero, su impermeable,
¡y su paraguas!
Beckett sonrío. Se alegra, Beckett, de verlo,
de tener ahí, frente a él, nuevamente,
a su maestro, a su admirado compatriota.
No se dan la mano, nada de eso. Mascullan,
apenas audibles, unos *bonjour*,
unos *good morning*. Y arrancan, bajo la lluvia.
Beckett, aunque ya ensopado, se cubre,
instintivamente, la cabeza

con el saco o el perramus. Joyce, por su lado,
abre, con ampulosidad, su paraguas: “*voilà!*”, dice.
Imaginemos, sí, hay que imaginar,
palabras, frases, hilachas que ellos mismos,
Joyce y Beckett, imaginan: “Aléjese, Beckett,
tanto de sí mismo como de mí”,
podría decirle, ahí, y acá, en el poema que ellos,
Joyce y Beckett, imaginamos que imaginan.
Palabras no dichas, sí, pero que Beckett,
sin embargo, memorioso, atesorará como una joya,
o joyas, mejor, nueve joyas, para ser precisos,
y que repetirá, Beckett, como si esa sabiduría
fuera suya, cuarenta años más tarde,
a modo de consejo, en una carta, a Charles Juliet.
Pero no es, no, no es, no, propio de Joyce,
eso de “aléjese, Beckett”, no, para nada.
Más verosímil, más realista, sería un:
“Acérquese, Beckett, venga, venga,
trabaje para mí: ¿no podría escribir algo,
algunas líneas, algo contundente, ensalzando,
por supuesto, mi *Work in Progress*, algo
que ponga, o sea, las cosas en su lugar?
¿Eh? ¿Podría? ¿Qué me dice?”
Un mundo de infinitos, sí, de formas posibles.

Llegan, otra vez, a la Estatua,
a la copia de la Estatua, que,
desde lo alto del pedestal, les da la espalda.
La Estatua, no se ha dicho todavía, inaugurada,
el 4 de julio de 1889, centenario de la Bastilla,
por Carnot, Marie François Sadi Carnot,
presidente, por aquel entonces,
de la Tercera República Francesa.
Bien. Se entretienen, ahí, unos instantes,
al lado de la Estatua, de la copia de la Estatua,
apoyados en el antepecho de hierro,
con el fluir de la corriente del Sena,
con los pequeños remolinos y el impacto
del agua, de las olas,
en las viejas piedras enmohecidas.
Un ojo y un oído, una persona,
de pie, atenta, pegada al cristal
de la única ventana de la habitación.
Versos, frases *ad vultum tuum*, hilachas
que dibujen, así nomás, los pormenores del paseo.
Otro domingo, ¡y ya van tantos! O no tantos.
Cómo saberlo.
Imaginemos, hay que imaginar.
Imaginemos que son muchos,

que han sido muchos, los domingos. Domingos
en que Beckett, Samuel Beckett,
ha paseado junto a Joyce, James Joyce,
su maestro, su admirado compatriota,
ida y vuelta, ida y vuelta,
por la alameda de los Cisnes.

Un ojo y un oído, entonces, que imaginan el poema,
unos versos: hilachas que ellos, Joyce y Beckett,
a su vez, *simultáneamente*, ¿por qué no?, imaginan.
Imaginemos. Un embrollo, un nudo. Involuntarios
retruécanos, sí. Pero sobre todo palabras no dichas,
silencios que van, como ofrendas,
de un pecho a otro y hacia el éter insensible.
Veinticinco años los separan.

Altos, flacos, las cabezas gachas, inclinados,
ligeramente, hacia delante, las manos en la espalda.
Joyce, en traje claro, u oscuro, marrón caca,
sombbrero de ala ancha, zapatos de charol.
Beckett, ligero, en *sportif*, pantalón de golf,
de lino beige, chomba azul, Fred Perry:
permitámosle al poema, aquí,
un pequeño e inocente anacronismo.

Endomingados, entonces, Joyce y Beckett
(uno, al final de sus cuarenta; el otro, muy joven),

los dos más grandes escritores del siglo.
“Él pretendía crear”, afirmará Beckett
muchos años más tarde,
“una totalidad y trasmitirla, luego,
en su infinita riqueza. Proust, igual. No
hay más que examinar sus manuscritos,
las pruebas de galera corregidas. Añadían
y añadían y añadían y volvían a añadir.”
Beckett irá, como es sabido, con los años,
por otro lado, hacia la nada, digamos,
hacia la mismísima nada, apretando,
cada vez más,
cada vez más,
sus textos, casi al infinito, *solísimo*.
Ahora, en sus veinte, se detiene, un momento,
la mirada intensa, apuntada al suelo,
pero dirigida, indudablemente, al interior,
al runrún de su espíritu,
el cuerpo quieto, como una piedra.
El ojo escucha.
Joyce, unos pasos adelante, a dos, o tres,
o tal vez cuatro, metros de distancia
(cómo saberlo), al ver que su joven amigo
se ha quedado ahí, como clavado, da vuelta

la cabeza, lo mira, entrecerrando los ojos,
estudia su cuerpo, su semblante, el ceño fruncido,
y pregunta: “¿Qué? ¿Pasa algo, Beckett?”.
Después de unos segundos, Beckett vuelve:
“Nada”, dice, “nada, no pasa nada, nada”.
Y, con su larga y flaca pierna izquierda,
remedando, involuntariamente, a una garza,
da una zancada. Y luego, con la derecha, otra.
Y ya está, ahí, de nuevo, en el presente,
junto a su maestro, su admirado compatriota.
“Nada”, repite. “Sigamos.” Y el paseo recommienza.
¿En qué suburbios de su mente se ha extraviado
el joven Beckett? ¿En qué pliegues de su espíritu
ha estado hurgando, durante esos largos segundos?
En los pliegues, imaginemos, en que mora Lucia,
la bella, aunque ligeramente estrábica
(y loca, sobre todo, loca),
Lucia.
¿Cómo decirle, sin hierirla, que lo de ellos,
si es que es, o ha sido, algo
alguna vez, no va más? ¿En qué brete, sí,
en qué brete se ha metido el joven Beckett!
¿En qué berenjenales! *Merde!*
Pero volvamos. Veamos, escuchemos.

La alameda, el sendero embaldosado, París.

¿París? Sí, París, ¡basta!, París.

París, 15^e *arrondissement*.

¿1929?, ¿1930?

1929, enero, febrero. ¿Nieva? Podría nevar, sí,
o haber nevado, ayer o anteayer,
o hace dos días, o tres, o tal vez más.

Pero no, no, no nieva. No nieva ni ha nevado.

¿Frío? Sí, hace frío, algo de frío, está fresco,
aunque no mucho: 13, 14, 15 grados Celsius.

Si fuera primavera, las hojas de los árboles,
de algunos árboles, de los llamados,
por los botanistas, “caducifolios”,
ya habrían empezado a brotar, a formar
el follaje. Rayos de sol pasarían, aquí y allá,
a través de las ramas. Rayos que dibujan,
abajo, en el suelo, en los bancos, y, por supuesto,
en los cuerpos, en los rostros de Joyce y Beckett,
figuras cambiantes, líneas, rombos, óvalos,
manchas multiformes que aparecen y desaparecen,
que están y no están en ese presente eterno
en que maestro y discípulo, discípulo y maestro,
se desplazan, ida y vuelta, ida y vuelta,
de una punta a la otra de la Isla de los Cisnes.

Arriba, en las ramas, el bullicio de los pájaros,
estorninos, petirrojos, gorriones, tal vez
un herrerillo: voces de un paisaje atravesado
por las palabras no dichas,
los silencios siempre renovados que van,
como ofrendas, de un pecho a otro
y hacia el éter insensible.

“¡Mire esos pájaros, Beckett, qué bonitos!”
podría decir Joyce. O, más probable, ya se dijo:
“¡Escuche, Beckett, escuche! ¡Escuche a ese pájaro!
Qué gorjeo más gracioso, más atrevido, escúchelo.
¡Escuche esa risa, Beckett! Escuche y aprenda”.

¿Y Lucia?

Ah, Lucia, Lucia. Ha bailado o bailará
(cómo saberlo), Lucia, la bella,
aunque ligeramente estrábica, Lucia,
en el festival de danza del Bal Bullier.
Beckett, el joven Beckett, que estuvo o estará,
(cómo saberlo), ahí, entre el público, alentándola,
acompañando a la familia, ha chiflado o chiflará,
(cómo saberlo), con Joyce y algunos más,
a modo de protesta, de repudio,
cuando no le han dado o no le den,
(cómo saberlo), a Lucia,

el primer premio que, según ellos, se merece.

¿Entonces?

“¿Qué intenciones tiene usted, *giovannotto*, con mi hija? ¿Eh? ¿Eh?”

Nada. Una vez más: silencio.

Son, ahora, dos figuras alargadas, que, por momentos, se confunden, llegando a ser, sobre todo en los silencios prolongados que van, como ofrendas, de un pecho a otro, una única persona: Joyce-Beckett

(o Beckett-Joyce)

caminando solo por la Isla de los Cisnes.

No llueve, no, ahora no llueve. No hay, no, ni una nube en el cielo. Es una bellísima mañana, primaveral u otoñal, de sol radiante. Una mañana fresca, límpida, de domingo. No se ha largado, entonces, al llegar a Bir-Hakeim, la tormenta, el aguacero. No se han mojado, no. Tampoco han corrido, algo ridículos, desgarbados, a refugiarse bajo el techo de uno de los puestos de flores o de diarios, si es que hay, por ese entonces, puestos de flores o de diarios en la alameda de los Cisnes: cómo saberlo.

Y mucho menos han ido, entonces,

separados, en un sálvese quien pueda,
de aquí para allá, de un lado a otro,
en zigzag (o no), en busca de un reparo.
Hay sol, un sol radiante. La luz dibuja,
en la superficie de las cosas,
un mundo de infinitos, de formas posibles.
Hay poema, incluso, parece que hay poema,
al menos por momentos. O mejor: frases, sí,
hilachas que dibujan, así nomás,
despreocupadamente, los pormenores del paseo.
Arriba, levantando la cabeza, los tilos,
las copas de los viejos tilos, los *Tilia cordata*,
árboles de buen porte, fuste recto, elegante,
que llegan a alcanzar, en ciertos casos,
cuando clima y suelos son propicios,
hasta 30 metros de altura. El árbol
preferido de los pícidos, también llamados,
por el vulgo, pájaros carpinteros,
que lo eligen, por la bondad de su madera,
para confeccionar sus nidos. Es, encima,
el tilo, por si todo esto fuera poco,
árbol muy longevo: en República Checa,
en la región de Bohemia, hay ejemplares
que, se estima, rondan, en edad,

los 900 años. ¡900!

Pero volvamos: al llegar, otra vez, a la Estatua, a la copia de la Estatua, que, imponente, desde lo alto del pedestal, les da la espalda, Joyce, que en los últimos 200 o 300 metros no ha pronunciado una palabra, de la nada, inopinadamente, como si hubiera tenido una iluminación, una de sus célebres epifanías, levantando la cabeza hacia la antorcha y sobresaltando, a la pasada, a Beckett, que, también mudo, caviloso, venía dándole vueltas, en su mente, al espinoso asunto de su “romance” con Lucia, pensando en que las cosas, en los últimos tiempos, habían ido demasiado rápido, y quizás, también, un poco demasiado lejos; Joyce, decía, entonces, de la nada, inopinadamente, como si hubiera tenido una iluminación, etcétera, grita, pletórico: “¡¡La libertad!! ¡Ah, la libertad, Beckett! ¡La libertad! ¡Nunca olvide la libertad!”. Hace, luego, un largo silencio, sin bajar la vista. El paseo, parece, va a recomenzar. Pero no:

para sorpresa de su joven amigo,
inspirado por algún fenómeno externo o interno,
estira, Joyce, de golpe, como un gallo, el cuello,
infla el pecho, carraspea varias veces y,
poniendo los labios en un beso dirigido al mundo,
comienza a cantar *I Here You Calling Me*,
una balada inglesa tristísima que,
por la época en que él, allá en Dublín,
coqueteaba con Nora y leía al Aquinate,
John McCormack había puesto de moda.
Antes de que termine la primera estrofa,
tiene un grupo de curiosos a su lado.
Se han acercado, los viandantes, discretamente,
atraídos, primero, por la rareza de la escena,
y luego por la voz de Joyce, que,
aunque carente de volumen, y también de técnica,
no deja de ser, por eso, hermosa y cristalina.
Canta, Joyce, canta y sorprende. Y emociona.
Hasta los pájaros, imaginemos, hay que imaginar,
han hecho silencio, se han puesto a escucharlo.
Al llegar al final, a la última línea,
a ese *I hear you calling me* que, como una coda,
cierra la canción, levantando una mano al cielo,
prolonga, Joyce, con calculado *pathos*,

imitando a McCormack, la a de *calling*,
en una *mezza voce* impecable, sentidísima.
Y luego calla, baja la cabeza y calla.
Complacido por la performance, feliz,
el corro de curiosos aplaude, grita:
“¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo! ¡¡Bravo!!”.
Uno de ellos, incluso, se le acerca y lo abraza,
felicitándolo, una y otra vez, dándole las gracias.
Beckett, el joven Beckett, que, por su lado,
ha permanecido, durante toda la canción,
inmóvil, a un par de metros del intérprete,
comprueba que los ojos, a Joyce,
su maestro, su admirado compatriota,
se le han humedecido. Y al verlo, así,
frágil, inerme, emocionado,
sacando, Joyce, con torpeza,
un pañuelo del bolsillo del saco
para enjugarse las lágrimas,
él, Beckett, también se emociona.
“Ah, quién pudiera”, piensa Beckett, pasándose
el dorso de la mano por los ojos,
“quién pudiera fijar este instante,
este momento para siempre. ¡Quién!”
Disuelta la emoción, el paseo se reanuda.

“¿Qué le ha parecido, Beckett, la canción, le ha gustado?”, pregunta Joyce. “¿Eh?” Beckett, claro, no sabe qué decir, sigue conmovido. Solo después de uno o dos minutos, cuando ya han recorrido, al menos, diez o quince metros, farfulla: “Hermoso, hermoso”. Joyce, consciente del efecto que, con su canto, ha producido en su joven amigo, sonrío. Su sonrisa, sin embargo, no durará demasiado, se desvanecerá rápidamente. La vanidad, esa gorgona que, sin que él pueda hacer nada, le toma prestado, cada dos por tres, el espíritu para organizar, allí, sus francachelas, volverá, golpeada, a replegarse, y sus pensamientos recaerán, una vez más, imantados por el amor, en Lucia, en los desplantes cada vez más frecuentes de Lucia, en sus salidas imprevistas, erráticas, que, últimamente, lo tienen, a Joyce, muy mortificado, y no lo dejan concentrarse, como él quisiera, en la escritura de su nuevo experimento, el babélico, imposible *Work in Progress*, el libro loco de la noche de los tiempos. Así, pues, con la intención de arrancarse,

como en un exorcismo, la preocupación
de la cabeza, o, quizás, azuzado
por la diafanidad magnánima del día,
por eso que él mismo llamó, en *Ulises*,
“la ineluctable modalidad de lo visible”,
o, tal vez, simplemente, pero ¿cómo saberlo?,
por el aroma dulce y punzante
de las inflorescencias de los tilos,
que, a la manera de un narcótico,
le subleva el espíritu,
se aparta algo de Beckett y comienza,
ahí, para nosotros, para el poema,
a modo de un adiós, de una despedida,
su peculiar, ya reputada, incluso, en el círculo
de sus amigos más cercanos, *spider dance*.
Se agacha, primero, y empieza a agitar,
descoordinadamente, brazos y piernas,
arriesgando rajar, claro, con cada sacudida,
los pantalones del traje en la zona de la raya.
Se mueve, enseguida, a izquierda y derecha,
avanza, rápido, luego se detiene, vuelve a avanzar,
mirando hacia un lado, hacia el otro,
exageradamente teatral, con cara de lunático.
Luego de una pausa, sacude, como cintas,

o cuerdas, hacia la bóveda verde,
sus flacos miembros descoyuntados,
más parecido, a decir verdad, a un simio,
a un chimpancé o gorila enajenado,
que a un arácnido. Beckett, a unos metros,
lo observa, divertido. Miran, también, la escena
dos señoras que nada entienden, y un señor elegante,
atildado, entrado en años, que tampoco entiende.
Sólo Beckett entiende, o mejor: hace que entiende.
No se trata, él lo sabe, de entender (¿qué es, acaso,
a fin de cuentas, lo que hay que entender?),
sino de *hacer que se entiende*. Y se deja llevar,
Beckett, ahí, por la veleidad del espectáculo.
Joyce, poseso, va y viene, entonces,
hace, como un chico, su gracia, agregando,
sin saberlo (o sí) otra luz a la mañana,
ya harto luminosa, de ese verano de 1929.
Cuando da fin a su danza, se acomoda el traje,
la corbata, se levanta apenas el sombrero
que, en ningún momento, se ha quitado, y se seca,
con el mismo pañuelo que, un rato antes,
le ha servido para enjugarse las lágrimas,
las gotas de sudor que el alocado movimiento
ha hecho que le surjan, como un rocío,

en la frente, las sienes y el bigote.
“Sigamos”, dice luego, terminante. Y siguen,
en dirección noreste, hacia el Pont de Bir-Hakeim.
Después de cinco o diez minutos en los que,
incluso con más frecuencia que antes,
las palabras no dichas, no escuchadas, los silencios,
han ido, como ofrendas, de un pecho a otro, Joyce,
con la autoridad que dan los años, abruptamente,
da fin al paseo. “Listo”, dice. “Volvamos”.
A llegar al Pont de Bir-Hakeim, doblan, pues,
a la derecha, y enfilan, bordeando otra vez el Sena,
por el Quai de Branly, sin variar,
en ningún momento, el ritmo de los pasos.
Al llegar a la bella Avenue de la Bourdonnais,
Beckett, el joven Becket, siente que, de golpe,
le baja el cansancio. Anoche se ha acostado tarde,
ha salido de juerga con unos amigotes
de la École Normale Supérieure, y, claro,
se ha emborrachado, costumbre que ha adquirido,
como un nuevo traje, desde su llegada a París.
Se imagina la modesta cama de su habitación
de la rue d’Ulm, la visualiza, y quiere,
imperiosamente, estar ahí, recostado, de espaldas,
mirando el techo, pensando pavadas, fantasías.

Sin embargo, va a tener que aguantar, ya que,
al llegar a la rue Saint-Dominique, Joyce,
con un gesto de la cabeza, sin decir una palabra,
lo conmina a seguirlo hasta el Café Constant.
Al llegar, se sientan, afuera, en la terraza angosta,
de cara al sol y esperan, siempre en silencio,
al *garçon*. No bebe, Joyce, generalmente,
al mediodía, pero hoy, vaya uno a saber por qué,
tal vez pensando en el poema, en el final del poema,
en la alegría que, de súbito, lo invade
al comprobar que el poema, a pesar de los escollos
que, aviesamente, ha ido sembrando el lenguaje,
ha llegado, mal que bien, a destino,
decide, esta vez, hacer una excepción.
“Dos copas de vino blanco, por favor”, dice,
después de darle el *bonjour* al *garçon*.
“Saint Patrice. Frío, bien frío. Gracias.”
“¡Sí, señor!”, responde el joven, con énfasis.
Se inclina, luego, en una reverencia y,
juntando, como si estuviera en el ejército,
los talones, da media vuelta y se va.
Sin embargo, antes de que alcance la puerta
y se meta, otra vez, en el café,
Joyce levanta el brazo y lo llama:

“¡Eh, eh, *garçon!* Y unas olivas, por favor.”
“¡Sí, señor!” , vuelve a decir el muchacho. Y sale.
Se quitan los anteojos y esperan ahí, entonces,
Joyce y Beckett, maestro y discípulo,
discípulo y maestro, al sol de mediodía,
las caras irlandesas, algo enrojecidas,
al cielo, como antenas parabólicas.
Cierran, primero Joyce, luego Beckett, los ojos,
y así, relajados, respirando a conciencia,
largando cada tanto un soplido por la boca,
recuperan, cada uno por su lado,
las imágenes, los sonidos, los aromas,
que han captado sus sentidos
a lo largo de esa hora, hora y media,
en que han ido y vuelto, ido y vuelto,
flacos, altos, las cabezas gachas,
a lo largo de la alameda de los Cisnes.
Y recuperan, también, Joyce y Beckett,
los dos más grandes escritores del siglo,
las últimas palabras no dichas, no escuchadas,
los silencios que, durante toda esa mañana
de verano, otoño, invierno o primavera, han ido,

como ofrendas, componiendo, a la pasada,
un mundo de infinitos, de formas posibles,
de un pecho a otro y hacia el éter insensible.



Últimos títulos publicados Colección Poesía

Laura Gómez Palma
Animal del paisaje

Hernán Sagristá
Saint Elmo

Patricia Cuaranta
Penas breves

María Lanese
Sudarios

Christine Cadiot
Los umbrales del tiempo

Francesca Serragnoli
Abril de allá

Franco Toledo
Gritos y cantares del idiota

Colección La Falena (otras narrativas)

Óscar Martín
Abismo

Augusto Munaro
Las cartas secretas de Georges de Broca

Colección Ensayo

Vladislav F. Jodasévich
Necrópolis

Carmen Iriondo
Prosas de dormida

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 2020.